

FRANCISCO ESPINOLA

MILÓN O EL CIRCO

...toma a Pedro, y a Santiago y a Juan su hermano, y los saca aparte a un monte alto.

Y se transfiguró delante de ellos; y resplandeció su rostro como el sol; y sus vestidos como la luz.

Y, he aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él.

Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, bien es que quedemos aquí: si quieres hagamos tres cabañas; para tí una, y para Moisés otra, y para Elías otra.

Estando aún hablando él, he aquí una nube de luz que los cubrió...

...los discípulos cayeron sobre sus rostros...

...De pronto Jesús, llegando, les tocó...

...Y alzando ellos sus ojos, a nadie vieron sino a solo Jesús.

Mateo XVII, 1 - 8.

HIPÓLITO

La parada toca a su fin. Tras el brillo de las chisteras de tan espigadas malabaristas, ahora desaparecen los últimos clowns seguidos por los biceps y el pecho de los atletas, por acróbatas que parecen pisar sin peso un suelo que no fuese el nuestro... Y, cerrando el desfile, imposibles hindúes se alejan ya, mecidos en el vasto frontal de las moles de sus cinco elefantes...

HELENA

Sí, con feliz exactitud hemos acudido. Me contraría perder instantes como éste, que se me antoja trascendental, en que el corrimiento de una cortina o, tal ahora, la iniciación de esas voces de los cobres ejecutan en el tiempo su tajo, como en triunfo conducen el vacío que establecen para situarlo lejos de nosotros, sobre una rama inalcanzable de la nada, y lo libran a un transcurrir ideal.

NÉSTOR

¿Cómo?... ¿Transcurrir ideal, has dicho... si no he escuchado mal?

HIPÓLITO

También a mí, Helena, se me antoja solemne ese momento, interpuesto a modo de la varilla del marco de un cuadro, en que algo, cortina que

se despliega, brusca perturbación de la quietud y del silencio, algo que no participará sino para dar su ¡Alto! a cualquier osadía —la espada del Arcángel— separa el mundo real del mundo del artístico artificio. Y en que, delante de nosotros, un tiempo clausurado, en absoluto desierto de lo natural, y a él inasequible, gracias a actos expresivos puéblase de formas —como si se viese una melodía— y con su distancia las defiende de caer en el suelo de la verdad...

HELENA

¡Miremos! A los áureos rosales en guirnaldas de las altas lamparillas agrégase ahora un poder de fanales que se ocultan tras su luz. La dispersa cuadrilla de lacayos, atraída hacia las colgaduras de la entrada como al brusco imperio del imán, establece dentro de su doble fila el espacio por donde alguien, sin duda una amazona, entre los bramidos de esa súbita cólera de leones, nos va a aparecer. Y ella ya llega. ¡Oh! Junto —y nítida— al blanco cuello del caballo, que ahora es detenido, que dobla los blancos cabos delanteros y, sumiso, ya cbate ante nosotros la blanca testa empenachada, es el escudo de un dios; imagen en presea de la voluntad.

NÉSTOR

Pero, advierte, la celan. Hacia el centro de la pista, sobre esplendentes botas, el custodia ostenta delante de un chaquet su comba blanca. Y a modo de advertencia, un látigo en el aire a sí mismo se castiga.

HIPÓLITO

Raudos comienzan a deslizarse mujer y bruto por el ruedo, sin pretender sobrepasarse, desprendidos y exactos, con la libertad de las notas de un acorde. Y de ese bote que fué vuelo, apreciamos cómo el cuerpo acaba de eruirse aún más cerca de la luz, sobre la grupa que, incesante, se desplaza rehusando a poder alguno que la muchacha otra cosa ya sea sino la estatua sobre su pedestal, de estable y de tranquila.

HELENA

¡Quién pudiera apoyar el alma como en un capullo sobre ese sueño de gasas y músicas que la alientan; que parecen auparla para que asome al a ellas mismas vedado mundo de lo ingrávigo donde, en efecto, van rozando los cabellos hechos halol ¡Quién lograra desde allí, desnudo de todo lazo, como cogido al ala del sonido, asistir a ese asilarse en el deseo, a ese, ¡ay!, efímero relámpago de enclaustra-

miento en lo imposible que va esa joven a alcanzar ahora, pues una pierna en el vacío, la otra se ha empinado en la atalaya de su dedo mayor. Y en fuga de la pesantez, escamoteada a los sedientos labios del planeta, una sonrisa de victoria se adelanta ya hacia puertas sin duda alzadas para ella; que toda ella es la aspiración misma del sueño.

NÉSTOR

¿Fuga? ¿Sueño, insistes?... ¿Pero qué significa el estremecimiento que te acaba de sobrecoger?

HELENA

¡Oh, sí! ¡Querría no mirarla! ¡Va a hacerse añicos ese cuerpo ambicioso! Apenas apoyada con una mano, toda la muchacha se cimbra a la diestra, fuera del galope cada vez más azuzado por los chasquidos implacables de la fusta. Y ese prodigio de músculos está a punto de estrellarse contra las gradas como la salpicadura de una ola.

NÉSTOR

¿Pero no afirmaste: fuga... sueño... ideal transcurso? Tu temor se me ha adelantado a argumentar. Y obró, por cierto, con mayor eficacia, porque es algo, en ti misma irreductible a tu convencimiento, que, de pronto, te hizo echarte atrás empujando con ese miedo revelador como antorcha ante los ojos, para conducirse en ti luminoso de dialéctica.

HIPÓLITO

¡Oh, miral! ¡Está ahí, a salvo, de pie sobre la arena al sonreír! Indemne ha descendido en infalible vuelo a través de una maraña de fuezas de destrucción!

NÉSTOR

¡A salvo, agregas tú! ¿Pero hace un instante no creían a dos, y se extasiaban, que nuestras almas hallábanse asistiendo al tejer de un sueño; y que éste se cumplía dentro de un tiempo y un mundo distintos de los nuestros, en el seno de una burbuja de esta atmósfera rutilante? ¿Y no acusaban ya los espíritus el frenesí del entusiasmo? ¿Por qué inquietarse, entonces? Esa silenciosa doncella que a modo de respuesta a los aplausos ahora abre los brazos con blandura y los deja como posados en las ondas del aire que surcó, ¿acaso no dirigía a su través nuestras pupilas hacia nube de símbolos que en bandadas ascendían abandonando el suelo, para ella exclusivo, de sus actos?

HELENA

¡Oh, sí! Comprendo ahora que quien soñaba fui, por ella, yo.

NÉSTOR

Como que los necios pasos de tu alma llevarónte tras ilusorios espejos que ésta, a sí misma, delante se creaba.

HIPÓLITO

Yo también, con secreto instado desde lo íntimo, en lugar de distinguir sólo —¡y a solas!— estaba por propia cuenta acompañándome con sueños, a mi vez. Yo me envolvía, como Helena, bajo velos de aspiraciones; y se me disipaba la mirada en aureola de polvo sin transparencias.

NÉSTOR

Es que solemos error con harta frecuencia ante la encrucijada de senderos que nos solicitan... cuando no ocurre que hacia el equívoco nos orienta nuestra falta de intrepidez.

HELENA

¿Cómo?

HIPÓLITO

¿Por qué se nos presenta en ocasiones tan inconsistente la realidad, que nos parece sueño?

NÉSTOR

Y con tal solidez de verdad lo ilusorio que lo tomamos por real, debiste avanzar interrogándote. Desviarse del camino que se le traza al alma es condición de los humanos. Llevámosla en nosotros con torpeza. Y apenas si algún reclamo suyo escuchamos a veces, porque nos encargamos de tranquilizarla en el descarrío. Porque nada tan candorosamente dócil como ella. Y en nuestra originaria inocencia, asimismo, ignoramos toda la perdición a que a pupilas cegadas somos capaces de conducirla. La voluntad está en nosotros, no es suya; de ahí su bogar sin siquiera debatirse en la ciénaga; por eso el quedar librada su posible salvación a las mismas manos que la extravían. ¿Cómo no engañarnos, entonces, cuando nos situamos en las fronteras de lo real y de la fantasía; allí donde la más leve atracción del deseo hace posar a lo que es ilusión en lo que es de la verdad y a lo que es verdad sobre el suelo de lo que es del sueño?

HELENA

Siento y presiento las debilidades de mi naturaleza, lo errabundo de mi peregrinar entre los espejismos del mundo concreto y del imaginado. Pero yo querría, ahora, sorprender la planta en uno de esos movimientos errados, detenerla palpitante bajo los ojos... y presenciar allí, como ante un cordero herido, las causas y los efectos, para transportarle después el paso hacia su recomienzo.

NÉSTOR

Aquel escalofrío tuyo te lo dirá mejor que yo. Hace apenas un abrir y cerrar de ojos yo lo sorprendí en ti, estremeciéndote. Y alguna vez, recuerda, igual que esta noche juntos los tres, él, con su oscura voz sin apelación, hundió un grito de advertencia en las venas de Hipólito... Hamlet iba a morir. Y tú, Hipólito, tristemente llorabas al emerger de tu caída en el espanto del rasguño empozoñado.

HELENA

¡Lo veo también yo, como entonces! ¡Qué excelencias las de aquel intérprete en nuestro Príncipe de Dinamarca!

NÉSTOR

¡Por lo contrario! No lo hizo con eficiencia. ¡Y si en compensación el comediante hubiese sido menos capaz de lo que, en cierto modo, era! Tal vez así, gracias a una mayor mengua, por los resquicios de los actos imperfectos de su persona, tú, Helena, también tú, Hipólito, hubiesen topado entonces con el personaje verdadero, el de la ficción. Pero olvidando que su cometido consistía en hacernos al Príncipe, el actor lo fué, en parte, en su extravío. Y se convirtió para el Príncipe de Shakespeare en pantalla no lo suficientemente transparente... si es que acaso tu mirada aquella noche, Hipólito, no se hallaba privada del privilegio de ver que la urdimbre de verdades del accionar de cuerpos tangibles allí estaba situada y procedía sólo para obrar como apariencia de algo que le era ajeno. Por eso, mientras otros espectadores se empinaban en la satisfacción plena del éxtasis, yo los veía, el rostro de ambos —el tuyo, Helena, también— contraíanse en gestos claudicantes. La obra de arte ni ríe ni llora. Sus labios no se entreabren más que para decir. Y calla para aquel a quien, en su inayestática presencia, con una onda de tintieblas se le mancilla el rostro bruñido por la expectación. Lo que entonces con desdén ofrece, como se arroja un guijarro, es, acaso, cualquier vulgar tronco arrancado a lo natural con que llegar el intruso a hacer pie en la orilla de la realidad que no debió haber abandonado.

HIPÓLITO

¿Pero es preciso que nos plantemos ante la obra de arte tras un broquel de impasibilidad?

NÉSTOR

Durante el proceso que a nosotros la transporta, sí. Sin bajar jamás la guardia. El espanto, la angustia, la piedad con que la víscera se hace presente en el momento de la recepción son signos fatales de una grieta hasta lo hondo; del desmoronamiento del sueño, que da así de bruces contra lo concreto. Lo mismo ocurre con lo real. Sin un escudo fuerte que nos lo defienda del ataque del ensueño, se escinde, a veces, y lanza como en cósmica explosión una realidad hecha pedazos hacia el suelo de la transfiguración... He aquí, ya que lo has querido, tu paso frustrado, tu corderilla herida. Mírala sangrar por sus heridas de dos engaños posibles: el de que aquella muchacha, el cuerpo apenas apoyado con una mano sobre el galope, fué ante nosotros algo más que ella misma, y que otra cosa mostrara entre la exposición de su destreza sino su riesgo de perecer; el de que el hombre de las vestiduras y la espada cuya caja en el registro de la farándula ostentaría: "Hamlet, príncipe de Dinamarca", era el propio Príncipe; como si el Príncipe pudiera hollar un escenario, pisar otro suelo que el de un Elsinor imaginado; como si le fuese permitido hacer, decir, ansiar, pensar un movimiento, una palabra, un anhelo, una idea, por mínimos que fuesen, otros de los que el autor depositó en él, asimismo igual que en caja como aquélla, y con idéntico destino: "Hamlet, príncipe de Dinamarca". ¡Como si por ventura alguna causa, fuera de las disparadas en el texto contra él, lograrse obrar en él menos que en granito! Pero conduce, ya restañado, tu paso al punto de partida. Y chora precavido, déjalo tender hacia esas resueltas lunas que, entre tropel de tonnies rebotantes y rodantes, irrumpen asidas a las caras de sus payasos desde un gualda plegarse de cortinas; permítele adelantarse sin tropiezo hacia el rutilar de tantas constelaciones ostentadas desde las piernas de la turba, sobre un cielo de seda ufanamente en distensión por obra de las manos ocultas en sus propios bolsicos abismales.

HELENA

Necesito que me aclares a qué llegan.

NÉSTOR

Todo ello, y los pierrots que desvaídos se le acercan a los sonos de esa charanga, sí, es teatro. Resultan el elemento espu-

rio del circo si es que no se les ilumina su propósito: el de ubicar intervalos por donde, en el espacio de los vales y de las marchas, también para nuestra distracción ellos hacen cruzar sus mitos, resbalándolos entre dos actos de firme verdad. Porque, Helena, como la gaviota de su fatiga se recupera apoyándose en la cima de una sucesión de olas, nuestra conciencia en la alternancia halla su descanso. Posada en el fluir de la creación, que una vez iniciado ya no debe cesar, ella cambia de sitio sobre diferentes elementos del transcurso, para reponerse en uno del persistir en otro. Todo es artificio aquí, ahora —lo ontagónico de lo circense cabal— y, ¿por qué no conceder?, aunque mínimo, arte. Aprecia tú, no des en falso el paso, cómo el estallido de la cofetada no nace del impacto sino de un subrepticio chocar, más abajo, dado con las mismas palmas de la víctima fingida. Y tú, a tu vez, Hipólito, admite no ser del todo imposible que, detrás de esas hasta las orejas bocas falsas, los labios de veras, insensibles al clamor de pistones y platillos, y a las carcajadas, asimismo, de la chiquillería, estén sellados por el dolor, por el escepticismo, por el tedio. Al revés del pasado momento, durante el cual los actos tenían la glacial rotundidad de una cifra, ahora, sí, todo muestra otra cosa de aquello que naturalmente es. Nada hay en su sitio ante nuestros ojos. Un airado coletazo de lo real provocaría la confusión de urgido retorno a las guardias. Esto no ha de ocurrir, por supuesto, bajo nuestra mirada. Pero sobrevendrá más tarde, cuando cabizbajos retornen a la verdad por el camino de la púrpura y el oro de aquellos ázimos lacayos tan graves en su tiesura; ellos también, por mezquino estipendio, sin advertirlo, docilmente expuestos al ajeno sueño durante la función, como trapillos a orear. Entonces, en el mutismo del camarín todo irá a estabilizarse posándose en su estado, para encender de nuevo su nombre, a cuya lumbrer alternar con los demás y reconocerse. Mas, de seguro, algo no ha de regresar; grande o pequeño, se habrá lastimado hasta perecer en manos de las presiones de la transmutación.

HELENA

¿Cómo? ¿Por qué ha de ocurrir así?

NÉSTOR

Es que, como el pajarillo de la campana neumática, no todo resiste al enrarecimiento de la realidad. Aquello que nos permite la captación del arte; el soporte en que ella se manifiesta ya ha sido, a veces, en parte, desde el origen, sentenciado. Y no estará del todo mal; en este caso, sí, tal vez no signifique errar el ser piadoso; pudiese acaso pertenecer a la categoría de lo bueno el hacernos sensibles a su holocausto. Sin mirar

más lejos: la obscuridad que irrumpirá en el recinto a la extinción de esas guirnaldas de luminarias, de esos profusos proyectores que nos deslumbran, no ha de encontrar ya nunca la substancia de los colores que, ahora, al acecho en la noche, ella arde en deseos de absorber sobre las caras mismas de sus clowns y de sus tonnies. Irremisiblemente, aquel modesto pasto alimentador de tan desquiciantes tonos va a morir entre los trastos de la mesilla de tocador del carronato, no lejos de sus pomos; y esas lunares bocas que la pintura ha estampado, esas cejas en arco, esos cándidos óvalos de albayalde no volverán jamás ante humanas pupilas. Apenas, míralos, Helena, apenas su imagen, desatada de lo contingente, en nuestra conciencia ha de asilarse; y tan sólo por azar, algún día, como olvidada prenda depreciada, podríamos hallarla en el zaquizamí que es en nosotros, consiguiendo por su parte que también se nos sitúe delante una vaga memoria de lo que, al tiempo que ella fué, nosotros fuimos. Aunque ya aquel **nosotros** no será con toda su integridad éste de hoy. Y semejante a la ajena imagen que, al reaparecer hacíanos a su vez evocar a nosotros mismos, así ese nuestro haber sido, a su pasaje abstraído por otra alma donde en alguna ocasión se reflejó, y en su desván sepultado, bien pudiera resultar pasible, igualmente, de aparecer, para ese alguien, a flote en una de las veces del infinito, siempre por azar, bajo impalpable polvo, asimismo, para evocar aquel lejano palpitar, en su propia forma desvaneciéndose... de un momento de tu corazón, Helena; del tuyo, Hipólito; del mío.

HELENA

¡Oh!, cedamos a la atracción de esta senda que acabas de abrirnos...!

NÉSTOR

Te desentiendes de la pista cuando, al tiempo que su máscara ríe, detenido entre mofantes tumbos se lamenta ese celeste payaso; de suerte que, ante tales polos a cual más fingido, la verdad vacila por donde imponer el filo de su ecuatorial.

HELENA

Hasta alcanzar a ese extinguir de nosotros, convirtámonos en la estela indesprendible de aquella prenda, por nuestra, pérdida, que nos persiste por ejemplo. A través de un suspenso instante, yo quisiera seguirla, todavía más, por las comarcas de lo aún no acontecido...

NÉSTOR

Espectáculo tedioso nos propones, Helena, y no de muy prolongada posibilidad de apreciación; porque en el cotidiano reaparecer de exactitudes sin término, a poco, hecha aliento, se desvanecería su consistencia; tal la distancia a que, a cada paso que adelantamos, —sin posible echarse atrás— se nos impone separarnos de nuestro recientísimo momento. Ve, si no: habíamos dicho que quizá frente a un furtivo recuerdo de nosotros, alguien conseguiría reconstruir nuestra presencia en él igual a como la tuvo en algún preciso **antes**. Mas estaremos allí con harta mengua; a ese ser nos le reapareceríamos sólo en aquello que fuimos para él, no en lo que por entero fuimos durante aquel atraído **entonces**, porque apenas si nuestro guardador habría asido un perfil de la realidad que nos constituye. Aunque, por otra parte, ni que **nos constituye**, podríamos decir, sino, tan sólo, que **en aquella ocasión éramos**, escucha, pues en ningún instante, nunca jamás, Helena, alguien se repetirá aunque sumisa le torne idéntica ocurrencia. ¿Quién, qué te tiene, muchacha, si a la invasión de cada instante hasta tú te desconocerías en lo inmediato que llega a hacerse tú?

HIPÓLITO

¿Entonces, Néstor, nuestra persona, eso querido... extraño... ensimismador en que da nuestra reflexión, es a modo de variable esquema nuestro; el inestable contorno de una forma siempre inconclusa, anhelosamente en procura de darse término?

NÉSTOR

Tú lo has dicho. Cuando cesamos, cuando de encima de sí el tiempo nos retira para hacernos isla ya de su seguir, recién, Hipólito, recién entonces, Helena, definitivamente clausurados, —y para la mirada humana apenas un halo de miríadas de actos de nuestra vida engarzados sobre miríadas de momentos en irremisible diseminación sobre el espacio que sintió el peso de nuestras plantas—, apenas si entonces alguien, algo... la eternidad, Helena, si prefieres, nos ha de percibir por entero, conociendo él, al fin, lo que no nos fué ni posible fué a un mortal hallar de nosotros: quiénes somos.

HELENA

¿Y la memoria, Néstor?

NÉSTOR

Su condición le impone recoger la imagen de nuestros restos, siem-

pre detrás de nuestro hoy. Y delante, nuestro porvenir nos retrocede con paso tan ajustado al de nuestro avance, que repite la semejanza del de un péndulo con otro.

HIPÓLITO

Entre tamaña desolación ¿no nos quedará, para aferrarnos, por lo menos la conciencia de lo que queremos ser?

NÉSTOR

Has señalado nuestra tabla de salvación. En efecto: nos abrazamos a ella. Pero a tumbos siempre, por la absoluta indeterminación de lo extraño que vendrá a consubstanciársenos y, asimismo, todavía, en la ignorancia, siempre, de qué parte de nuestra pretensión de ser será expulsada, por la propia flaqueza, de nuestro trazo volitivo.

HIPÓLITO

¿Resultará, acaso, Néstor, como si la gestación no tuviera su fin al nosotros aparecer en los bordes maternos e, impelidos a través de la trabazón de arterias que nos habían alentado, otras pulsaciones nos recogieran en su seno, después, para seguir ellas, a su vez, sosteniéndonos el impulso de llegar a la íntegra obtención de nuestro ser?

HELENA

¿Como si, ya en los brazos de la muerte, allí, recién, naciéramos, ¡oh!, Néstor? ¿Como si sobre lo inmenso del tiempo, nuestros días nada significaran en su dispersión hasta ellos no convertirse para alguien en el haz simultáneo de un relámpago?

NÉSTOR

Con los labios sellados, me sentí hablar, oyéndolos.

HELENA

¿Entonces, Néstor, cabe pensar que lo que entendemos por amor a la vida bien pudiera no ser el ansia de retener la presencia por lo que es sino una desesperada resistencia a entregar a la muerte tan sólo crisálidas en ciérne?

NÉSTOR

Eso creo, sí. Y ya ves, Helena, hasta qué sitio desolado aquel aparente atajo conducíamos, cuando henos aquí de regreso, encima del momento en que, como bajo urgente escobillón, tras los trapos sin medida de los tonnies, se retiran con todas sus estrellas los universos

de raso y colorete, para nuestra contemplación usufructuados por esos ton verdaderos cual modestos comediantes —intérpretes, recuerda, concedimos—. Y ese barrido despeja el paso a alguien, ¡ah, sí, miral, a un ser en condición igual a aquel que por error considerábamos artista; pero que trae el aspecto de realizar exclusivamente rotundidades como cifras. ¡Con cuánta pompa le sale al encuentro desde el palco filarmónico la voz de las trompetas!

HIPÓLITO

¡Oh!, con la desnudez de su piel ceñido por su malla...

HELENA

... es un... es la misma juventud de un dios, ante cuya nostalgia el circo entero se le convierte en cosa invisible...

HIPÓLITO

...como el universo todo le será, si es que ha de continuar atravesando la tierra más allá de la pista y, fuera ya del planeta, el firmamento.

NÉSTOR

¡Ambos se pierden de nuevo! ¡Un acróbata es quien viene adelantándose! Y su flexible pie parece palpar con altivez desdeñosa el suelo encarenado.

HIPÓLITO

¡En el sueño otra vez habíamos caído...!

NÉSTOR

Y nuestro hombre en modo alguno ha de merecerlo. Se me aparece ahora, en el villaje de mis mocedades, un campesino candoroso presenciando a mi lado actos que este joven, aprestado ya a trepar hacia su altísimo alambre, nos va a repetir, acaso. Mientras aquella vez unánime al concurso se nos detenía el corazón, con desdén mi lindero sonreía. Y cuando allá, en un sitio para nubes, una última proeza nos arrebatara la ovación, él, de soslayo menospreciándonos, lanzó al picadero un displicente: "Bah, esto es Magia", así sentando su protesta. Tan inverosímil parecía la verdad patente a sus ojos, y tan imposible le resultaba concebirla generada por acción de la sola voluntad humana, que consideró mucho más lógico aceptarla como fruto de una virtud taumatúrgica. De este modo dispó para sí al espectáculo de

toda natural certeza. Pero convencido, además, de una aviesa intención en semejante engaño —el de pretenderse, mediante hechicerías, que se recibiera como verdad lo que en el vacío y sobre un hilo, a trechos invisible, era—, devolvía el agravio negando importancia al hecho de que el equilibrista fuese amo de una facultad sobrenatural. Igualmente, los dos, tú, Helena; Hipólito, tú también, a punto estaban ya de considerar lo que dentro de poco va a hacerse, a la luz de una desvirtuante atribución. Y, en el caso preciso, de gozar de un arte que no existe en vez de admirar en su cumplimiento apenas un intrépido deseo ni por asomo animado de otro afán que el de llegar a fructificar en su pleno acto.

HIPÓLITO

Pero, entonces, ¿por qué nuestra tendencia a idealizar lo real, que con tal claridad nos evidencias, ha de invertirse precisamente cuando de apreciar lo imaginario se trata; y, así, con la misma inevitabilidad que se nos hace quimera la verdad conviértese en certeza de realidad lo ficticio?

HELENA

Sí, yo también quisiera ahora sorprender las causas que operan en nosotros y consiguen que la ilusión caiga atrapada por las garras de lo real, siendo como es irreprimible el levitar de nuestras verdades hasta introducirse en el mundo de los sueños.

NÉSTOR

Es que, al ponerse en acción hacia nosotros la obra de arte, dos endriagos, uno de ellos engendrado por las a menudo más vulgares circunstancias del mundo exterior, el otro, dormido en nosotros —y en cuya cara, precisamente, reconoceríamos la de nuestra persona—, ambos despiertan, se levantan y, liberados, salen rampantes al encuentro de la forma ideal que mediante dispositivos reales ha sido suscitada. Si la atención, nuestro San Jorge, no ha conseguido para su lanza dureza de diamante, todo lo que, posado sobre cada punto de lo concreto, canta con la desaprensión de su ser de otra naturaleza, es desgarrado, mordido, sorbido: exterminado: Y; ya imperante nos queda, entonces, la de nuevo inmutable mudez de lo real conforme consigo mismo: su no ser otra cosa que lo que es... Cuando del seno del monstruo que nos es propio no ocurra la irrupción de nuestra ansia de crear, silente duendecillo, el cual, apoyando los hilos de la urdimbre de un aterido sueño nuestro en cada punto de lo verdadero que sostiene a la sutil

trama artística, nos efectúe el escamoteo. Y resulte, así, que nuestra alma, Helena, en lugar de topar siquiera con lo real del ya desmantelado artefacto donde la fantasía se asentaba, tenga la ilusoria certeza de estar recibiendo la nueva del ángel devorado, mientras tan sólo se contempla a sí misma en un imperfecto espejo.

HELENA

¿Mas cómo defender la creación del artista en el peligroso momento de atravesar participante la soledad hacia nuestro corazón? ¿Y cómo lograr el modo de que a nosotros se transfiera íntegra?

NÉSTOR

Interrogaciones planteas, Helena, que me hienden saetas. La atención, ese don que nos hace libres, es lo que falta, Helena, Hipólito, al común de los mortales. Atención de punta en blanco armada, capaz de cerrar el paso, —otra vez San Jorge— a los dos monstruos y al duende de mi alegoría, a fin de que un silencio, absoluto en todo lo que nos den las fuerzas, impere sin perturbación dentro del horizonte del alma. Sobre el suelo de la conciencia, entonces, nada osará interferir con las secuencias que el artista nos levanta; ninguna forma de verdad ha de chapotear su presencia entre los cuerpos de la ficción en marcha; ninguna circunstancia extraña, en sus pesados tambaleos, empujará desquiciante la ingravidez del movimiento que obedece a números ardientes. Ni tampoco una liana siquiera de tu existencia, Hipólito, irá por sí misma, a enlazar en un acto, un pensamiento, una emoción de tu príncipe cuando avanza hacia su ser; de aquel Hamlet que, para arrastrarlo a tus abismos, cierta noche convertiste en Laocoonte a fuerza de estrecharlo con los tentáculos de tu yo.

HIPÓLITO

¿Y entonces, Néstor, nada quedará, para mi propia vida, una vez que otro corte en el tiempo: el cerrarse de una cortina, la turbación del silencio o la misma presencia imprevista de un silencio vayan a situar la otra varilla del marco de tu cuadro, y mi conciencia levante ya totalmente sus barreras a lo real cotidiano y a la insaciable exigencia de mi mundo interior?

HELENA

¡Ah, Néstor! ¿todo resultará al fin pompa de jabón?

NÉSTOR

No ciertamente! Entonces, ya por el resto de tu existencia, Helena,

podrás contar con una realidad más, creada ardientemente para los hombres —y, ay! sólo para ellos—, por uno de los nuestros. Aunque no la sorprenderán los ojos del cordero ni del ofidio; aunque su roce no podrá despertar el pétalo de la sensitiva —para nosotros sólo, Hipólito, Helena mía—, nuestros días definitivamente constarán de una cosa más entre las cosas. De distinta naturaleza de las que nos rodearon hasta entonces; pero cosa, ya, defendida como en una armadura de acero por su forma, más, mucho más que nosotros y lo nuestro por la nuestra. Como el artificio de su plasmarse tuvo por previo objetivo una descomunal condensación de causas cuyos efectos, por eso, obran con inaudita intensidad, el resultado último, ella, ningún resquicio presentará para la contaminación con aquellas presencias de que el tiempo hace su pasto. Y, así, ningún objeto del mundo natural hallará que sea tan real, en la integridad de su dimensión y de su peso, como esa ficción de realidad. Allí tu Hamlet, Hipólito, en su permanecer sin fin. Y en tí, tú, ya lo viste hace un momento, cual incesante río de tí mismo.

HELENA

¿Pero cómo contar con ella si no me permites hacerla mía; si has sostenido que convertíamos la obra en mísero Laocoonte al apropiárnosla?

NÉSTOR

Si te haces su dueña antes de tiempo, dije; si te apoderas de ella a medida que fluye hacia su manifestación. Mientras no cesa, preciso es mantenersele delante convertido lo más posible en **atención** y lo menos posible en **intención**. Después, en tí, ya, y hasta por tí misma inhallada, semejante a un mundo recién apartado de las tinieblas del caos, entonces sí, tuya, para siempre. ¡Pero si es que ella no existe, Helena, sino cuando alguien la hace suya! Apenas un espectro ante tus sentidos, sólo llega a ser si por ellos penetra hasta tu sangre mansamente entregada, de la que ha estado sedienta. Tu sangre, digo; tus dormidas posibilidades de, dando vida, ser; no tu voluntad. La obra de arte no se halla donde tú crees: libro, mármol, tela, bailarín y espacio y tiempo donde nos subyuga. Allí yace el dispositivo, el artilugio, nada más. Es de soledad viviente en soledad viviente que se posa, buscando semejanzas con la inaudita abstracción originaria. Ella estuvo en el alma del artista; y estará en la de quien le enfrente la conciencia, si ha procedido con ésta como los virtuosos y los seres del circo con su naturaleza; si ha domado a su vez el propio espíritu hasta el punto

de que entregue con diligencia lo que la obra le exige, sin entrometerse en absoluto, por su parte. **"Tomad, comed, éste es mi cuerpo; bebed, ésta es mi sangre"**, debe decir cuando las formas dirigen hacia su otra vez ser, a su renacer sin fin. Si te comportas así, acudirás a ella en tus nostalgias, en tu abandono, para buscarte un refugio en su destinación, que es, Helena, la de acompañar con su desnaturalización de llama — casi divina — no los pasos de tu persona sino la soledad de tu alma. Entonces, sí, ha de ejercerse todo su esplendor. Porque en la limpidez de su erección en tí, se dará con todo lo que ella es; indemne, en su integridad. ¡Qué distinto si fueses a arrodillarte a sus ruinas; entre los jaramagos de las presencias vulgares que cuando su suceder hubiesen podido consubstanciársele; asimismo soliviantada a trechos en sus cimientos por la sedienta penetración de las raíces activas de tu espíritu... Pero celemos ya —lo necesita mucho más— que nuestras pupilas asistan sin velo a ese prodigio de pasos con que un cuerpo se conduce, apenas sobre una línea, entre dos abismos, teniendo sólo al lado la alarma de un redoble de tambor. También para torcer la exacta apreciación de semejante empeño, Helena, del seno de tu endriago no será difícil que torne, como hoy, aquel su engendro de las alillas etéreas, tu latente poder de creación. Bajo la labor sutil de su telaraña, así, acaso rutilaran, bien pronto ilusorios, esos actos graves, oscuros, sin secuencias; y ya ellos habrían de sucedere ceñidos por tu propia ensoñación. Es preciso, Helena, que a ese ser recibamos a ojo desnudo, como a la obra de arte; sólo a la luz que difunde su entereza. Se ha inventado, al igual que el artista, un minucioso artefacto. Pero no para levantar con sus fundamentos una verdad ideal; no para sobrepasar la realidad mediante la asunción expresiva de sus actos al plano de lo intemporal y de lo eterno. No, Helena; no, Hipólito; apenas esa ardua, prolongada, pacientísima disposición de artificios tendió, solitaria, a depurar una posibilidad imperfecta y a arriesgar al fin su experiencia en plenitud. No otra cosa. Pero nada menos. Apenas si por infrecuentado parece artificioso el plano de lo real en que él se ejerce. Mas fuera del mundo concreto no da un paso. Se estrellaría contra la firmeza de la pista porque, ex profeso sin escapatoria, está situado lejos ya de la encrucijada en que se abren las sendas conducentes a los sueños, allí por donde les es dado adelantarse: a tí, Helena, hacia tu dios; a tí, Hipólito, a tu arte o, a ambos a dos, hacia la superación de un mundo insuficiente. Todo el sacrificio de sus tan arduos aprestos ha sido para no dejarse raptar ni por él mismo, ya, de lo real. Mirémoslo. Entre la luz que lo abrasa, y la reconditez del redoblar, he lo allí, solo. ¡Y su alma, encadenada! Con el vacío a diestra y a siniestra,

apenas le es dado avanzar y retroceder por las posibilidades que, al artificio con que dispuso su naturaleza, le tiene tendido el acero del hilo. Mas, advirtamos bien, ese posible que ha hecho suyo es para todos nosotros imposible. No sólo Dios y la Belleza con desdén contemplan nuestra detención sin ánimo a medio camino de ellos; hasta la capacidad de anhelar desciende casi virgen a perderse en un pliegue de la tierra, junto al desorden de nuestros huesos; y aun desde el rincón más humilde de lo que es factible en el mundo concreto, para los actos humanos aguardan regiones, asimismo, adonde no ha alentado jamás ni siquiera el vuelo de nuestros ecos. Se me presenta la imagen de aquel de Crotona, de Milón, que condujo actos como ofrendas a esas solitarias cimas luego de triunfar de la humana debilidad mediante tenaces aprestos; tal, el llevar perseverante sobre los hombros un becerro, en el propósito de que, llegado a toro, pudiera igualmente soportarlo encima; por lo que, durante veces sin cuento, desde la aurora el mundo contempló el andar de un hombre de testa inclinada bajo una bestiecilla a cuestas, la cual, sin abatirlo, íbale día a día pesándole más y más, y tendía hacia la luz pitones que se hacían sus curvas cornamentas en creciente. Después, sí, pudo cerrar "...en su puño una granada tan firmemente que nadie era capaz de arrebatarla, y ello no obstante la fruta no experimentaba la menor magulladura; atábase una cuerda alrededor de la frente y provocaba la ruptura, no más que conteniendo su respiración y forzando así a la sangre a acumularse en la cabeza..." Pero una ocasión, para concluir de rajar un tronco que hallara en su camino, intentó reemplazar con las manos la potencia de cuñas en él introducidas. Y en el instante de triunfar de aquéllas, que cayeron humilladas, el árbol entero le apresó para siempre las dos palmas y fué presa de las fieras .

HIPÓLITO

Pero Milón algo pretendería...

NÉSTOR

¡Sí! ¡Claro está! Y te lo dije: retener sin hierirla una granada entre los dedos, contra la violencia de toda mano; apartar las fibras de un tronco hasta que de par en par se abiera...

HIPÓLITO

¿Y nada más?

NÉSTOR

Hazlo tú, si puedes. Sí, nada más. Así los seres del circo. Aquella muchacha inmóvil y triunfante, embebecida en sí sobre un centro de gravedad conmovido sin cesar por la grupa a ga-

lope; éste de ahora, la cabeza apoyada en el altísimo cable, hacia arriba los pies, diríase llamarada de brazos y piernas en torbellino, no pretenden otra cosa que lo que hacen desde las cimas ya de lo posible. La reaparición de tan sorda presencia de tambor que desde abajo se ha puesto a acompañar a nuestro equilibrista consigue con dureza hacernos sensibles los instantes donde éste está posando sus actos como dentro de inverosímiles nidos... Y ese ¡Bastal del público, que también a ti, Helena, se te viene a los labios, le ha advertido su hollar ya el límite de lo que al cuerpo le es factible... ¡Pero de nada debemos recelar! El redoble cesó de iluminar el tiempo, porque es la hora del regreso. Mira, si no, cómo despierta gradualmente ese trompo en la soledad de su recogimiento dormido; descubre ya las pupilas que se apaciguan de vuelta a sus quicios por esa línea de luz trazada en seguida de la frente; y, encima, aún, contempla esos brazos y, más alto que ellos, esas piernas, entreabrir paulatinos el vórtice en procura de un sutil equilibrio, a medida que se van alejando del sostén del movimiento circular... Velo ya, en el cable una vez más de pie, entresacar con levedad los brazos en copia exacta de nuestra reciente amazona y, sobre la salva de aplausos que a su encuentro se eleva, dejarlos un instante posados en las ondas del aire que surcó, para abandonar por roja escala, ahora, el zócalo erigido a sus actos singulares e iniciar su retorno al suelo de lo natural... coronándose con los sonos dorados de la banda recuperada a todo viento. ¡Oh!, ya está entre nosotros, sordo a la bullanga, en los ojos la extrañeza de dar en tan manso dominio de la vulgaridad como lo es el de nuestros paquetes y nuestras graderías en racimos. Advierte, Hipólito, apuntarle poco a poco al acróbata el tedio de que sus inminentes actos lo identifiquen con nosotros; de no ignorar que antes del término de la ovación ya deberá repetir pasos esclavos a la sombra, otra vez, de la costumbre. De ahí, míralo, circundado por los aplausos, él saluda. Advierte, Hipólito, cuán diferente de un actor se desempeña.

HIPÓLITO

En efecto: no junta los pies, los entresepara; ni siquiera se inclina agradecido. Con levedad abre los brazos...

NÉSTOR

Así, casi sin sentirse aludido, como por propio arbitrio, y todavía a medio emerger de su nostalgia, no parece abrigar otro propósito que el de ofrecer de par en par a la contemplación el cuerpo de reciente ejercicio... Y pensativo lo conduce, como a su estuche, hacia

el fastuoso cortinado que al entreabrirse nos veda, con ese despertado bramar de leones, el camino de su rodante camarín.

HIPÓLITO

Mas he aquí una bandada de tonnies, de clowns, de pierrots sopladados a la pista por una racha de alegría. Los pistones los acogen entre risas desde el palco de los músicos. Los platillos remédanles su andar. Fingen contrariedad los saxofones... Y la tuba se burla, en serio, de tanta payasada.

NÉSTOR

Sin reticencias debemos tomar ahora el aspecto por su propia realidad; y de ningún modo fisgonear en lo que vela apariencia tan tenue. Más que dóciles, Hipólito, es necesario que en este momento seamos, a fin de que toda intención nos acierte infalible en el blanco, porque, si no, privaríamos de su efecto la faena que a su fingir se le asigna. Alternar nos impone nuestra naturaleza. Diríase que, al recuerdo del flujo y el reflujo originarios, también nuestro espíritu necesita subir y descender de un punto al otro sin quedar demasiado en cada cual, por no perder la apetencia de, siempre yéndose, tornar. Posado el interés del alma sobre una rosa, la misma delicia que lo posesiona le impone, antes de que consiga agotarla, el soñar con asomarse al aire de otros jardines.

HIPÓLITO

¿Y para retener a esa abejilla?

NÉSTOR

Hay que intervenir en el instante, casi, de perderla; preciso es que la duración de su líbar no se prolongue hasta el exceso; que otra circunstancia, vuelo, rocío, muerta hoja que se desprende, un son errante, al desensimismarla con la presencia inesperada, disipe al nacer esa aspiración al cambio que en el embebecimiento empieza a alejárnosla. Y de este modo, la tregua la descansa y renuévale el brío de su punzar. ¿No te ha ocurrido, Hipólito, cegarte con los ojos abiertos y seguir mirando y ya no ver? Así, ante la obra de arte, el espíritu, sin que abandone su fijeza en ella, corre el riesgo de quedar por momentos como ausente. El principio de saciedad, de fatiga, si prefieres, acompaña a la satisfacción como su propia sombra; es germen letal, oruga a la que también le despiertan alas. Requiere ir burlándola de modo que, en tanto encuentra otra vez la ruta y vuelve a insistir, per-

mita al interés ahincar otros instantes, para reiniciar el esquivo, después, librarse de nuevo de la sombra y, al volver a ser hallado, otra vez distanciarla. La atención, aquel de punta en blanco armado para guardar todos los pasos hacia nosotros, vacila, si no, en el trance, por irresistible sopor adormecido. Y ocurre que, sonámbulo, al pie de las puertas, abandona su guardia en pos de la incostante abejilla de tu símil, Hipólito. Entonces, el mundo exterior y nuestro mundo íntimo irrumpen, profanadores. Te recordé el cegarse con los ojos abiertos. Así, Hipólito, toda el alma parece inclinada sobre la transfiguración, y no está ante ella ... Alternar, ir en la pleamar y buscar, como recuperación, la bajamar. Y de ésta, más tarde, recobrase abandonando su estado...

HIPÓLITO

¿Y cuando no es posible el cambio?

NÉSTOR

Entonces es ineludible que en la permanencia se operen metamorfosis... como hay olas de marea a marea.

HELENA

Has quitado espontaneidad a mi apreciación. Y ya mi voluntad se dispersa en ese deslumbramiento de tu razonar.

NÉSTOR

Es que para acoger a la obra de arte, Helena, también se necesita que obremos previamente sobre nuestra naturaleza; que un empeño tenaz convierta nuestro espíritu en delicadísimo artilugio a fin de corresponder con él al que el artista nos levanta. ¿Oyes esos lejanos rechinamientos de rejas? ¡Escucha cómo rugen los sometidos a tan duro imperio! Asimismo, Helena, nosotros debemos domar nuestros leones; llevar a cabo la empresa de desquiciar con sutileza nuestra intimidad hasta que algo en ella consiga pasividad de espejo ante la obra, mientras el resto no hace otra cosa sino un firme aplicarse a la ostentación del cristal, aunque situándose de tal modo que no deje por descuido caer su propia imagen en el reflejo.

HELENA

Pero es que ahora veo el juego sobre la pista. Y las carcajadas del corro estafalario, para mí en nada interceptan, por ejemplo, su hastío de repetirse noche a noche que patente veo yo apesadumbrar los hombres de los cómicos mientras tan vanamente intentan fingirme.

HIPÓLITO

A mí también, ahora, todo me resulta en absoluto lo que es, al disiparse en su mismo nacimiento, como de aire, la ilusión; de tal modo se establece una similitud de esencia entre los actos del reciente equilibrista y esa agitación jocunda. Y así, se frustra en mí el propósito de alternancia que, según afirmas, tienen por finalidad tan empeñosos dislates.

HELENA

Todavía más complicase la apreciación. Porque a los peones que llegan con pesada tarima y sus soportes, aproximase a ayudar la gavilla de farsantes de súbito juiciosos. Y acentúaseme la verdad de lo que estos últimos hacen, pues entre todos, ellos y sirvientes, se está repartiendo realmente la carga...

NÉSTOR

¿Pero tú aceptas que la misión de los payasos es ésta?

HELENA

¡No, por cierto!

NÉSTOR

Entonces, ya ves que paralelamente a la tarea genuina de los modestos servidores —disponer como mejor conviene la plataforma—, también se sigue desarrollando una ficción a cargo de los intrusos. ¡Mira, mira, si no, qué esfuerzos desmesurados ese pierrot parece realizar! Se abate y apoya estremecidas las abiertas piernas como si soportara el mundo en peso.

HELENA

Aun con tus palabras, Néstor, ya no consigo tener delante más que una turba desdichada que, por ganarse el sustento, procura sin suerte apartarse de sus pálidas personas. En vano fatiga a sus músicos ese vals acariciante, ese vals seductor, ese vals obsecado en conseguir que materia tan vulgar se soliviente, y que en un mismo columpio alegremente se estrechen mi alma y el histriónico hacer. ¡Escucha! Lo que insinúan clarones y requintos parecen impetrarlo ese bombardín, esos cornos; exigirlo el chocar de platillos. En red lanzan su reclamo entre la urdimbre de haces de las luces. Pero pegada al suelo permanece mi imaginación...

NÉSTOR

Es que tan modesta pantomima, Helena, requiere de nosotros una

humildad, una docilidad extremas, que tú no prestas. "Si puedes creer es esto" que tenuemente y sin suerte te están ofreciendo tan débiles comediantes, ya tendrás casi todo tu aprendizaje hecho para más nobles empresas, tu alma habrá llegado, por fin, a construirse su propio artificio; pues "al que cree todo le es posible". También para el arte algo en nosotros mismos reclama: "Ayuda mi incredulidad", piénsalo, Helena, "Si no te hicieras como niño..."

HELENA

¡Ah!... ¿Mas cómo serlo ya, tan tristemente lejos...?

NÉSTOR

Por cierto, no se ha dicho "Haceos niños", sino "como niños". Y el empeño previo a la aproximación al arte de que yo hablaba, esa acción que debe penetrarnos, sutilmente removedora, tiende a que, sin dejar de ser lo que somos, algo en nosotros se entreabra, y asome y se nos restituya la originaria candidez. Allí, en el seno de un fajo de terminantes realidades con maña dispuestas —el artefacto, Helena, el dispositivo— ¿cómo, si no, distinguir el levantarse verdadero de las ansias del artista, y poder seguirlas, ya sometidas a leyes distintas de las nuestras, hacia su recíproco hallarse correspondencias? ¿de qué otro modo apreciar el prestarse, igual que de nido a nido, su ser, hasta que definitivamente reposan en la obra cumplida en nosotros, donde quedan actuantes, hechas a la vez perfume y flor estática? ¿Cómo librar de todo roce a ese ajeno sueño en procura de hacerse su propio efecto, si a nuestros mismos anhelos busca de aniquilar en su raíz la rotundidad de la razón?

HIPÓLITO

También, ¿por qué no decirlo, Néstor?, a mí no es ni siquiera ésta, la razón, sino el sentido común lo que evita el arribar a mi alma de ilusiones como la que se pretende crearnos en la pista.

NÉSTOR

¡El sentido común! ¡Nada más peligroso en arte! ¡Su peso aplasta, Hipólito...!

HIPÓLITO

Pero no negarás que su intervención nos es inevitable; aunque — ya diviso tu argumento — él obre como fardo e incontenible monstruo

dejando en libertad y entre jardines. Dime con qué varita mágica sumes en la inacción a semejante paquidermo; y, si eres dueño de ella, dámela.

NÉSTOR

De aquella descomunal mole hay que servirse, precisamente. Aunque, eso sí, con las artimañas del amcastrador debe inducirsele a que, en la cima misma de la potencia descujadora de su trompa, nos eleve, ilesas y con gracia, las formas del desear del artista hecho ya sueño vigente, de modo que, separadas de lo real, sus extremos puedan iocarse y ellas consigan permanecer así, por sí mismas encerradas, ya para siempre, en una atmósfera sin contaminación con el mundo contingente.

HIPÓLITO

Como Helena, sobre la arena yo no enjuicio en este momento sino realidades. Nada más que tales son ya para mí los actos que apreciamos. Veo sudor bajo las vestiduras abigarradas; la pena del esfuerzo por hacernos reír, tras la sugestión del pliegue de los labios pintados...

NÉSTOR

Entonces se necesita operar todavía sobre ese cancerbero de la verdad que es el sentido común, hasta obtener que él, óyelo bien, que él mismo, **"todo lo crea, todo lo espere"**; deberás convertirlo en una firme aceptación, sin su inveterada exigencia de aquellas pruebas de certeza con que conmina a toda cosa. Y que permita, por fin, el rapto fácil del alma hacia donde **lo imposible y lo verosímil** huellan sin oponerse, un mismo suelo. Entonces, aun la más modesta de las apariencias de verdad, como la que ocurre en la pista, será acogida por nosotros sin resistencias, alegrándonos así hasta con ese enjugarse de mentirillas la frente, tan detrás de los peones que realmente condujeron con todo su peso, y ya asientan sobre trípodes la lisa plataforma; celebrando esa aturdida aplicación de los payasos que tal ardor de risas suelta a revolotear por el circo. Inclíne ya la razón un poco su escudo; lo bastante para que, al prístino candor del corazón, nos invada y restablezca su dominio la fantasía.

HELENA

¿Y dónde dejo yo mi discriminación inteligente? ¿Cubro sus párpados con un velo, Néstor? ¿Acallo su voz?

NÉSTOR

¡Por lo contrario! De par en par los ojos, el timbre como nunca claro, permítele ver, Helena, y que te hable. Pero, ella también, clausurada asimismo al mundo natural que ha dejado a sus espaldas. Aprecia así cómo se regocijan en los palcos y, desde las graderías con más franqueza, cómo estallan carcajadas. Ríe tú ante ese encomiar de los de la camarilla al pierrot jadeante que acepta la alabanza desde la estela de humo de su orgullo. Y ahora atiende de nuevo. Que tu sentido común, firmemente, reivindique ya su derecho a conminar a cuanto aparición sobrevenga; no sea cosa que si, lo estoy sospechando, le va a ser dado topar con una **verdad inverosímil**, extravíe —recién te ocurrió— tu paso, yendo tú a dar en desvíos hasta la región de los sueños, que acabas de errar y que en aquella ocasión, —ya no—, era el sitio tuyo, en lugar de sostenerte, —ahora sí, con todas tus fuerzas—, en el plano de lo verdadero que tan torpemente hace un momento rehusabas abandonar. Porque me parece inminente el tener otra vez bruñidas verdades, de las acuñadas por un mismo troquel, en cuanto tales, con las de la joven amazona y las de nuestro equilibrista...

HELENA

Como si, pendiente de tus palabras, te obedeciese, el cortinado se conmueve. Y por entre la escuadra de galones y entorchados, el Rey de la Contorsión se adelanta al centro de la pista... con levedad abre los brazos... nos expone su cuerpo ajustado...

HIPÓLITO

¡Escucha esa ovación!

NÉSTOR

Sin embargo...

HELENA

¡No te unes al aplauso general! Y veo una sombra asomarse a tu ceño...

NÉSTOR

... por haber observado que no se presenta uniforme el color de su malla. De frente es idéntico al del limón hasta demudarlo... el dorso aparece de un maléfico verde.... y, para colmo, círculos oscuros se insinúan sobre él con vaga simetría.

HIPÓLITO

Todo lo que señalas es exacto. ¿Pero eso merece tu preocupación?

NÉSTOR

¡Como que puede traer consecuencias graves tanta peligrosa circunstancia junta! Temo que nos hallemos abocados al desarrollo de una mayúscula torpeza. Y el futuro de los pasos de Helena me inquieta.

HELENA

¡Estoy a ciegas! ¡Tómame de la mano y, a través de lo verdadero y de lo ilusorio, sigue siendo mi lazarillo!

NÉSTOR

Por la disposición de esos tonos en la malla del equilibrista, con el verde de los reptiles a la espalda, admite, Helena; desde un vago marfil —el vientre del ofidio— mostrando el frente por entero, envuelto el todo en el brillo de la fría humedad, ¿no estás sospechando la posibilidad de un atajo hacia la ilusión, semejante al que te abriría la simple llegada de algunos acordes dispersos?

HELENA

Sólo distingo, Néstor, a quien, resplandeciente a la luz de los reflectores, se expone ya desde la alta tarima... ¡Qué silencio en la vastedad del recinto ha seguido a la detención sorpresiva de la música...! ¿Acaso de las jaulas de las fieras la retrajo con su intimación aquel rugido? Pero ¡horror! ¿qué es lo que ese hombre comienza a hacer? De súbito todo él sobre un pie con la estabilidad de quien se recuesta a una roca, se ha cogido una pierna y, como si abrazara y levantase en peso gruesa culebra, está consiguiendo que le sobrepase la cabeza. Ahora se la anuda al cuello. De la punta del pie crispado parece que ya le va a surgir bífida lengua hacia sus labios...

NÉSTOR

¡No me equivocaba, Helena! ¡Ese ser es una sublevante contradicción! Enclaustrándose en lo más verdadero busca lo insólito, lo acomete y, al mismo tiempo, sin embargo, va interponiendo entre su persona y nosotros un velo de fantasmagorías. Engañarse esta vez no es culpa tuya, pues ante nosotros cada acto se está negando a sí mismo al despertar los ecos de una transfiguradora insinuación. Escucha, Helena, el recóndito redoble como un estremecimiento de la tierra aparecido.

HELENA

Es un rumor, Néstor, rumor que crece; es ahora algo del fragor lejaniísimo; es ya, porque se está atemperando, como si un zumbido se desgranara al apagarse; es... ¡Oh! A sus influjos, el equilibrista...

NÉSTOR

...todo lo vulnera, debiste continuar. Advierte, Helena, que en vez de dejar a ese miembro persistir en la evidencia de su naturaleza, lo obliga ahora a que le meza su extremidad por detrás de la nuca para semejarlo aún más a una serpiente, la cual nada realizaría de singular, por otra parte, si nuestro hombre llegara al extremo de fingirnos ser víctima de anillas opresoras...

HIPÓLITO

Subyugada por la fascinación del tambor, lenta, más que sigilosa, desenróscase la boa; y la pierna en alto va descendiendo, descendiendo hacia la otra en busca de sostén. Así, juntas, consiguen resistir ese brusco encurvamiento hacia atrás de todo el tronco. Y prolongándose él en los brazos, y éstos con paulatino insistir acercando a la firmeza de los pies los tensos dedos, entre el ritmo obsesor del redoblar cierran el círculo, un gran arco sobrecogedoramente rugoso en aquellos puntos en que el hueso empecina su presencia.

HELENA

Ahora, sus manos se van por el suelo unos palmos de sus plantas; y todo él se conduce hecho araña por la superficies iluminada. De pronto, atraído sin cesar por el obstinado tambor, sin desdoblarse retrocede mediante una sola mano y un pie solo. Y ya se torna y la emprende con los saltos del sapo. El empeño del parche batido, más que hacer sensible el tiempo, como en las otras ocasiones, implanta aquí la sugestión de corros invisibles. ¡Presiéntelos, Hipólito, en cuclillas a la luz de atentos astros o en el fondo más defendido de los bosques! ¡Nuestros ojos asisten a la involución de las formas! ¡Esa plástica materia cumple hacia atrás los estadios de la vida! ¡Otra torsión y, desde su esqueleto, nuestro semejante consigue ser artrópodo, después de retroceder por las frías etapas del batracio y del reptil...!

HIPÓLITO

¡Y esa tufarada feral que ofendiendo la atmósfera nos llega con un rechinar de barrotes, alienta entre el aullar de las hienas la absurda palingenesia!

HELENA

¡Destino lastimoso el de ahora tan resignado escarabajo, si es que, como parece, lleva el mundo sobre su pequeñez!

NÉSTOR

Semejante teoría de especies brotando unas de las otras y echadas a andar sobre la tarima, no me equivocaba, sitúanos en un plano desde el cual se nos niega apreciar desnudamente —cuando no lo olvidamos en absoluto—, que una incaudita desnaturalización, a fuerza de paciencia, de torturas, de peligros conseguida, por fin otorga a un cuerpo semejante al nuestro el realizar actos que el nuestro no puede. Y en vez de apreciar todo aquellos de acuerdo con la escala de nuestra naturaleza física, este hombre nos invita a soñar; pero ni siquiera un sueño impuesto con deliberado ardor, sino abandonado torpe e irresponsablemente a la insaciable apetencia humana de fugar de lo real. Ese ser ha padecido sin cuento para lograr lo que tan arduamente alcanzó. ¡Y mira qué desastrada exhibición de sus preesas! Pretendiendo mostrárnoslas, las intercepta y aun él mismo se nos vela. Además, sus hasta cierto trecho congéneres, la mujer del pedestal en la grupa fugitiva y aquel de la altura del hilo de acero, actuaban desde las zonas de un riesgo siempre creciente, mientras éste preséntase a nuestra consideración equivocando la estima de lo que hace, ya que lo valora por el sacrificio que le costó. Pero, sin duda, sus metamorfosis no han de destruirlo, como pudieron aplastarse aquellos —ecuyére, equilibrista— precisamente por su afán de retenerse actuantes en el límite mismo —justo allí— en que todavía se mantiene incólume el poder resistente de la identificación... ¡Oh!, ahora, aflora una sonrisa del seno de ese desmesurada araña que se disipa; y por entero yérguese exangüe el fajo de músculos sutilmente alargados, contraídos, tironeados del quicio durante años... para lo que no valía la pena. Porque el resultado ha sido un tremendo equívoco: ¿nos hallamos ante el fracaso en la revelación de algo increíble pero verdadero o, sin ambages asistimos al abortar de una ilusión? Y para los ojos el hacer de nuestra contorsionista bulle en el abismo, solitario como el caos, si no es que está oscilando de un mundo a otro, por ambos repelido. La diferencia con la nuestra de un alma tenaz estriba en que ésta puede —por momentos— interponer una valla entre lo real y lo ilusorio; sostenerlos en dos orbes autónomos, y llegar a experimentar así, al fin, el peso de las cosas. Nosotros sólo chapoteamos la confusión; como este pobre

Rey en los programas, que ya se aleja, sin duda doloridas las articulaciones, sin justificación por él mismo defraudadas. Pero, de todos modos, aplaudamos...!

HIPÓLITO

Sí, a la insistencia de tan desalentado sonreír que torna a su carromato.

NÉSTOR

Y recibamos también con nuestras palmas a esa estela de nostalgias que nos llega. Observa, Helena. Al plegarse, los cortinados descubren, parecidos a dos estrellas, un dúo de pálidos arlequines.

(FIN DEL FRAGMENTO)

